

cual se baja por peldaños de mármol, y está de ordinario adornada con notable magnificencia. Esto es lo que se llama la *Confesión* y en la de Nápoles, que guarda en riquísima urna el sepulcro de San Genaro, circundado de pilares de mármoles esculpidos y con puertas de bronce doradas, se encuentra una estatua de tamaño natural que representa, orando ante las reliquias del santo, al cardenal Oliverio Caraffa que hizo construir esta capilla de 1492 á 1506. Un monaguillo que hacía de *cicerone*, oficio común á todos los italianos, se empeñó en hacernos admirar todas sus bellezas, especialmente la estatua, la cual nos aseguró que era obra de Miguel Angel. (1)

Después de la capilla del Tesoro, que como hemos dicho, no pudimos visitar, una de las cosas más notables es la capilla *Minutoli*, la cual se supone que es algunos siglos anteriores á la catedral, pues se asegura que su fundación, que data del siglo VIII, se debe á Esteban Layant, Duque y Obispo de Nápoles. Un sacerdote que tiene á su cuidado este monumento notable por su antigüedad, se encarga de dar á los visitantes las explicaciones necesarias, ampliando de viva voz, las que contiene un cuaderno

(1) No hemos encontrado comprobada esta noticia en ninguna parte.

impreso, que allí se vende, con el título de «Noticias históricas y artísticas de la Capilla Minutoli, de la Catedral de Nápoles.» Realmente es muy curioso este edificio desde el punto de vista del arte, pues además de los preciosos sepulcros que contiene, se muestra en sus muros algunas pinturas atribuidas á Giotto.

Al salir de la iglesia para visitar otros lugares tuvimos ocasión de observar la multitud de edificios religiosos que se encuentran en esta parte de la ciudad, así como las columnas, coronadas con las estatuas de algún santo, que adornan las plazas y plazuelas, advirtiéndose por todas partes señales visibles de la influencia que el culto católico ha ejercido durante siglos en este pueblo de viva imaginación y pasiones ardientes, heredero, hasta cierto punto, de las virtudes y de los vicios de los griegos. Cuaéntanse en la ciudad 237 iglesias y 57 capillas, llamadas *seratinas*. (1)

[1] De «será» tarde ó noche; son las capillas ú oratorios donde se reúnen de noche á ciertos ejercicios piadosos los pescadores y la gente del pueblo. Habiéndonos tocado en suerte visitar Nápoles en el mes de Mayo, uno de nuestros más gratos y poéticos recuerdos es el de la visita que hacíamos durante las primeras horas de la noche á las capillas de pescadores, que se encuentran en la calle de Santa Lucía, á orillas del mar. Allí veíamos á las mujeres de los pescadores arrodilladas ante el altar de María, adornado de flores, entonando dulcísimas canciones. En el punto de vista de las costumbres populares y de la observación de las costumbres, estas visitas nos fueron sumamente agradables y provechosas.

La historia de Nápoles está escrita en sus monumentos religiosos. Desde la Catedral, levantada, como hemos dicho, sobre las ruinas de un templo de Apolo, y en cuya entrada principal se encuentran los sepulcros de Carlos I de Anjou y de otras personas célebres hasta *San Domenico Maggiore* donde se miran, no sin cierto pavor cuarenta y cinco urnas cubiertas de paños negros, colocadas sobre una pared en la sacristía, las cuales contienen los restos de los miembros de la familia de Aragón y de otros personajes célebres, entre ellos el famoso Marqués de Pescara, general del Emperador Carlos V, á quien se dice que se debió la gran victoria de Pavía; por todas partes se encuentran monumentos y sepulcros que recuerdan la sucesiva dominación que sobre este hermoso país ejercieron los monarcas extranjeros. Nombres de extraña pronunciación traen á la memoria otros tiempos y otras épocas en que esta poética comarca de Italia se vió disputada, como una presa, por los que no nacieron en ella, no quedando á los naturales otro derecho que el de elegir entre varias servidumbres. Hoy duermen en paz, á la sombra de las oscuras bóvedas de aquellos antiguos y venerables templos, los príncipes de la casa de Anjou, y los de la casa de Aragón, su-

cesivos dominadores de aquel reino. A la entrada de la sacristía de la Catedral se muestra la tumba de Andrés, Rey de Hungría, muerto el año de 1345 por Juana su mujer. ¿Qué queda hoy de tantas y tan vehementes pasiones? La ambición desenfrenada de aquellos personajes, las luchas encarnizadas que costaron la vida á tantos hombres, las hondas perturbaciones que mantuvieron en continua agitación al mundo... todo ha pasado, y sólo quedan tumbas mutiladas ante las cuales medita tristemente el viajero, deplorando la vanidad de las glorias humanas.

De estas tristes reflexiones hubo de sacarnos un espectáculo que no esperábamos encontrar en una de las más populosas ciudades del Nuevo Reino de Italia. Creíamos que allá, como aquí, estuvieran prohibidos los actos públicos del culto externo. Pero no es así. A lo menos en Nápoles, nos encontramos con una procesión que tenía por objeto llevar el Sagrado Viático á los enfermos. Lo pintoresco de los trajes de los jóvenes seminaristas que lo acompañaban, la multitud de flores que regaban al paso los niños que iban delante, y las gratas armonías de la música, nos causaron una impresión agradable. Descendimos del carruaje que ocupábamos y acompañamos un buen

trecho la procesión para observar de cerca las costumbres religiosas de aquel pueblo. En obsequio de la verdad debemos decir, que si el espectáculo era serio é imponente como lo son todos los que la religión ofrece, no observamos el respeto que hubierámos deseado entre la multitud de transeuntes, quienes á penas si detenían su paso y se tocaban distraídamente el sombrero, ó lo conservaban puesto, sin dar muestras de fijar su atención en lo que delante de ellos pasaba.

En la mañana de este día visitamos algunas otras iglesias, todas situadas en el mismo rumbo, algunas de ellas muy notables, como la de Santa Clara que contiene el magnífico mausoleo de Roberto el Sabio, varios sepulcros góticos de los reyes normandos y pinturas de mérito, anteriores al nacimiento; la de Santo Domingo, enriquecida con los recuerdos de Santo Tomás de Aquino que habitó en su convento; las de San Felipe Neri y los Jesuítas, afamadas por la riqueza de su ornamentación; viniendo á terminar nuestra excursión de la mañana en la pequeña capilla de *Santa María de la Pietá de Sangri*, anexa al Palacio de San Severo, por lo que se conoce también con este nombre. Los napolitanos tienen en grande estima esta capilla, por cuyas tres principales estatuas aseguran que se han ofrecido canti-

dades considerables; pero los críticos, sin desconocer la habilidad técnica mostrada en éstas y las demás estatuas que la adornan, tachan su estilo de *barroco* por haber cuidado más los artistas que las ejecutaron de presentar grandes dificultades vencidas, que de la belleza estética. Una de ellas representa á un hombre envuelto en una red, de la cual no puede desenredarse, y dicen que simboliza al vicio convencido, y la otra llamada del *Pudor* representa á una mujer cubriendo la desnudez de su cuerpo con un gran lienzo que lo envuelve completamente. Se dice que la primera hace alusión á Antonio de Sangri, Príncipe de San Severo que renunció al mundo y vistió el hábito monacal después de haber perdido á su esposa, y la segunda á ésta misma señora llamada Cecilia Gaetani. En el altar mayor hay un magnífico descendimiento de mármol, en alto relieve, y un Cristo amortajado, de la misma piedra, tenido en mucha estimación. Sobre la puerta de entrada, notamos un pequeño monumento que no hemos visto citado en ninguna descripción, y á cerca del cual sentimos no haber tomado nota, por lo curioso de la tradición que con relación á él nos refirieron en aquel lugar. Es un guerrero armado que abriendo la tapa de su ataud, parece acometer á otro personaje que se encuen-

tra cerca de él. Si no recordamos mal se refiere á algún suceso trágico de los Príncipes que fundaron esta capilla, pero no conservamos en la memoria los pormenores del suceso que nos pareció bastante novelesco.

Para cambiar de objetos quisimos destinar lo que nos quedaba de aquel día á la visita del Museo Nacional, llamado antes Borbónico, situado en la plaza de Cavour. Este hermoso edificio fundado en 1790, debe gran parte de su celebridad al número considerable de objetos que en él se conservan, extraídos de las excavaciones de Pompeya y de Herculano. En este punto de vista no tiene rival en Europa, y puede asegurarse, como dice un viajero, que unos cuantos días pasados dentro de sus muros nos harán conocer mejor las costumbres, las artes y la vida de los romanos, que años enteros pasados en estudiar los libros y revolver las bibliotecas.

Es el museo un edificio de grandiosa é imponente fachada, en cuyo vestíbulo se encuentran cuatro estatuas colosales procedentes del Teatro de Pompeyo en Roma, á saber: Alejandro Severo, Flora, el Genio de Roma y Urania. Siguen en el piso bajo los salones que contienen las pinturas murales de Pompeya y Herculano, las cuales son poco anteriores á la era vulgar, y además mosai-

cos antiguos, antigüedades egipcias é inscripciones cristianas. Las pinturas son puramente decorativas, y entre ellas se distinguen las que formaban la decoración de la casa de Diómedes en Pompeya, y todas sorprenden por la belleza y variedad de los colores, el brillo que aun conservan y la diversidad de objetos que representan. Véanse allí frutas, flores, animales y otros objetos, todos los cuales han servido de modelo al género de pintura que hoy está en uso y que ha recibido el nombre de estilo pompeyano.

Como no intentamos hacer aquí una descripción de los preciosos monumentos que éste museo encierra, sino consignar en el papel nuestros recuerdos é impresiones personales, diremos que no siéndonos bastante el resto del día para estudiar con alguna atención la multitud de curiosos objetos en él contenidos, hubimos de dedicarnos á aquellos que no creíamos fácil encontrar en otras partes. Así es que apenas si nos detuvimos á contemplar las colecciones de cuadros de pinturas italianas, ni las estatuas antiguas, los bustos y las inscripciones, porque esperábamos ver mucho de todo esto en Roma; pero si dedicamos largo espacio de tiempo á las antigüedades egipcias, que por primera vez veíamos, á la estatua colosal del Toro, llama-

do Farnesio, y á la multitud de objetos procedentes de las excavaciones de Pompeya y Herculano. Todos los utensilios de la vida doméstica, todos los instrumentos científicos que conocían los antiguos, algunos de ellos muy semejantes á los modernos; todo lo que puede servir de adorno ó de utilidad á un pueblo que ha alcanzado un alto grado de cultura y civilización se encuentra allí reunido. Hasta los boletos que servían para la entrada á los teatros, las balanzas que empleaban los mercaderes para pesar sus mercancías, los granos de trigo, y los huevos que empollaba una gallina. Puede decirse que este museo es la más completa restauración de la vida de los antiguos en todos sus pormenores.

Llama también mucho la atención el *Museo reservado*, cuya entrada está prohibida á la generalidad del público y sólo se permite á algunos viajeros. Las estatuas son pornográficas, pero trabajadas con tal arte, con tan exquisita perfección que queda uno sorprendido de la pericia de aquellos artistas ignorados. Hay también estatuas de raro mérito en el pórtico primero, ó pórtico de las obras maestras, *pórtico di capolavori*, como dicen los italianos, las cuales figurarían dignamente al lado de las mejores que se guardan en los museos de Roma. Entre

otras Orestes y Electra, grupo notable por su pureza y sencillez, Diana, Minerva y la Venus llamada *victoriosa*.

Hay también en este museo, enriquecido con todos los objetos que antes se hallaban en el Palacio Farnesio de Roma, otra clase de objetos, como monedas (la colección pasa de cuatro mil, de las antiguas ciudades de Italia, de la Gran Grecia, de Sicilia y de la edad media) armas, alhajas, etc.

Salimos del Museo con el espíritu fatigado por la contemplación de tantos y tan diversos objetos, después de habernos formado una idea anticipada de las excavaciones de Pompeya por haber visto allí reproducido al natural y en pequeña escala todo lo que hasta ahora ha sido descubierto de la ciudad tanto tiempo oculta bajos las lavas del Vesubio. Es un precioso trabajo, en el cual se ha tenido el cuidado de representar por una capa que semeja la tierra, la parte que aun no se descubre, y que permite ir reproduciendo fielmente lo que se encuentra de nuevo á proporción que va apareciendo.

El peso de tantas emociones y la necesidad de proporcionarnos algún descanso nos hizo volver á nuestro alojamiento, dando por compensado nuestro cansancio y nuestras fatigas con lo que habíamos visto en este primer día.

En la noche asistimos, en el Teatro Bellini, á una representación, proporcionándonos este espectáculo la oportunidad de observar las costumbres italianas. Nos llamó algo la atención el que en una parte del patio, en la cual no hay asientos, los espectadores permanezcan de pie conservando los sombreros puestos, entregándose á conversaciones en voz alta que quitan la atención á los espectadores. Sin embargo, debe decirse en obsequio de la verdad, que ya no son los teatros italianos lo que eran antiguamente, si hemos de dar crédito á lo que refieren algunos viajeros. Antes, según se dice, había en ellos tan poco respeto á los concurrentes, que sólo podría compararse lo que allí pasaba á lo que hoy vemos en las plazas de toros. El Teatro Bellini, está situado, si no recordamos mal, en la plaza del Dante.

Nuestra visita á los monumentos de Nápoles fué interrumpida, al día siguiente, por la expedición á Pompeya de que hablaremos después para no cortar el hilo de nuestra narración. Así es que sin sujetarnos al orden rigurosamente cronológico diremos que entretenidos con tanta diversidad de objetos y sin saber á cuál de ellos deberíamos dedicar preferentemente nuestra atención, visitamos en los días siguientes, la Iglesia de San Francisco de Paula, que tiene la forma

de una vasta rotonda con treinta magníficas columnas de mármol y otras tantas pilastras, sobre las cuales descansa un ático igual en la forma y proporciones al del Pantheon; el Palacio Real, obra del célebre arquitecto Fontana, mandado construir en 1600 por el Virrey Conde de Lemos, insigne protector de Cervantes; la Biblioteca Nacional que encierra 300,000 volúmenes y 6,000 manuscritos, entre los cuales se encuentran algunos autógrafos de Santo Tomás de Aquino y del Taso, ediciones curiosísimas de la Biblia, y copias antiguas de las cartas de San Jerónimo, de la Historia Natural de Plinio, y otras muchas; el Gran Teatro de San Carlos, uno de los más afamados de Europa, y otros varios edificios. No tuvimos tiempo de visitar los castillos, el arsenal, la Cartuja de San Martín, ni las Catacumbas de Nápoles.

En cambio hicimos dos deliciosos paseos, el uno al sitio real de *Capo di Monti* y el otro á Posilippo, de los cuales daremos breves noticias á nuestros lectores.

Subiendo por la calle de Toledo y pasando delante del Museo se llega á la colina de Capo di Monti, en la cual está el Palacio, dominando desde aquella altura toda la bahía y gran parte de la ciudad: la perspectiva es magnífica y no puede uno menos de elogiar el buen gusto del Rey Carlos III, que eligió

este sitio para construir un Palacio de recreo para él y sus sucesores. A pesar de las bellezas artísticas y de la magnificencia de los salones y demás departamentos, lo que sobre todo nos encantó hasta hacernos olvidar todo lo demás, fué la hermosura y poesía de los jardines. Aquellas largas avenidas sombreadas por majestuosos álamos, no menos que las estrechas callejuelas cubiertas de mirtos y enredaderas, que vienen todas á converger á un punto céntrico desde el cual la mirada se pierde en aquellas bóvedas de verdura entre las cuales resalta lo blanco de las estatuas de mármol que representan náyades y ninfas; todo es allí poético y seductor. Disfrútase de una calma y de un bienestar completo en medio de los parques, de los bosques de flores raras y preciosas, que la mano del hombre, perfeccionando la obra de la naturaleza, ha hecho nacer en uno de los sitios más pintorescos de la ciudad. Las brisas del mar que refrescan la atmósfera, el aire tibio y perfumado que se respira, los dilatados horizontes en que la vista se extiende hasta ver confundido el azul verdoso de las olas con el azul límpido del cielo; todo causa un suave y dulce placer, comparable sólo en su intensidad, si no en su naturaleza, al que se siente al visitar después la tumba de Virgilio situa-

da en otra colina, en la parte occidental de la ciudad.

Este es, en efecto, uno de los más poéticos lugares que pueden encontrarse, con todo y ser tantos y tan hermosos los que circundan esta encantadora población. Raros son los viajeros que dejan de visitarlo, y la mayor parte de las vistas en que el grabado ó la fotografía reproducen la incomparable perspectiva de Nápoles, están tomadas de este sitio. Siguiendo, pues, toda la *Riviera di Chiaja*, pasando por la *Villa Nazionale* se llega á los arrabales de *Piedigrotta* y *Margellina*. Antes de descender á este último, mírase una iglesia que data del siglo XIII llamada *Santa Maria di Piedigrotta*, y en una pequeña eminencia desde la cual se domina todo el golfo y se mira toda la ciudad, se encuentra el sepulcro de Virgilio. Imposible es describir los sentimientos que experimentamos, cuando llamando á una puertecilla, un muchacho mal vestido, que cuidó de ocultar entre las vides, antes que llegase su amo, una botella de vino recién cosechado, nos facilitó la entrada á aquel lugar ilustrado por el poeta más tierno y más amable de la antigüedad. Sea ó no cierto que en aquel sitio fué sepultado, no puede dudarse que habitó allí, en una quinta donde escribió su hermoso poema de las

*Geórgicas*, y corrigió la *Eneida*. Trepamos llenos de emoción por aquellos estrechos senderos que conducen á una pequeña esplanada, que forma el más hermoso *belvedere* que es dado imaginar. Allí encontramos al que supusimos que sería dueño de aquel terreno, con quien tuvimos que sostener un altercado, porque nos pedía anticipada la propina que habíamos ofrecido al muchacho que nos facilitó la entrada. Mientras que los otros compañeros de excursión discutían y aclaraban este punto, bien poco interesante, nos dirigimos al lugar señalado como sepulcro del poeta. Es una pequeña excavación, á la cual, se puede penetrar fácilmente, y en cuyo fondo se lee la célebre inscripción: *Mantua me genuit*, etc. y algunos nombres ilustres grabados en la piedra. Permanecimos largo rato contemplando aquel lugar, y cortando con mano reverente una pequeña rama de la vid que le da sombra, la guardamos cuidadosamente en la cartera para conservarla como uno de los más gratos recuerdos de nuestro viaje á Nápoles. Todavía al volver al lugar adonde nos esperaban nuestros compañeros, hubimos de permanecer largo espacio de tiempo arrobados ante aquella encantadora perspectiva.

El sol había bajado, se acercaba la hora

del crepúsculo, la inmensa bahía se encontraba bañada por los últimos resplandores del sol poniente; las olas se movían á impulsos de una brisa tibia y perfumada; multitud de naves con sus velas desplegadas surcaban la tersa superficie de la aguas; por otro lado, la ciudad con sus torres y cúpulas, y sus largas calles, se ofrecía á nuestra vista, noblemente reclinada en un lecho de verdura. Todo era incomparablemente poético y encantador. Era aquel uno de esos espectáculos que superando, en su género, á cuanto la imaginación puede fingir, nunca podrán ser descritos en toda su grandeza y hermosura.

Descendimos de aquel sitio para atravesar la famosa gruta de *Posilippo*, más comúnmente llamada gruta de *Pozzuoli*. Aunque lleva este nombre, es un verdadero túnel, como los que se practican en los caminos de hierro, que tiene 689 metros de largo y 26 de alto, perfectamente enlazado, y atravesado por dos vías férreas que sirven para los ferrocarriles urbanos. Está constantemente alumbrado con luces de gas, y en el momento en que lo atravesábamos una manada de cabras guiadas por un pastor, aumentaba el ruido ensordecedor que producían el rodar de los carruajes y los gritos de los transeúntes. Ya hemos dicho que



el pueblo napolitano es el pueblo más bullicioso del mundo; allí todos hablan á gritos, como si estuvieran disputando; y como el piso de las calles es de lava volcánica, los carruajes hacen un ruido insoportable que por el eco se hace mayor en el interior del túnel.

El origen de éste es muy antiguo y se cree que fué abierto por los habitantes de Cumes para comunicarse con Nápoles, ó Neopolís (ciudad nueva) como era llamada. La colina donde está la gruta, y que le da su nombre, se halla cubierta de quintas y de jardines, donde abundan sobre todo, las vides, y debe su nombre á una preciosa casa de campo que perteneció á Pollion y fué luego propiedad de Augusto. Parece ser que *Pausilypon*, quiere decir *sin ciudades*, y si es así, carece de originalidad la idea de Federico de Prusia, de haber llamado *Sans souci*, á uno de sus palacios de recreo.

Después de haber andado algo más por el pueblecillo de Piedigrota, donde se percibe ya el olor á azufre de las *solfateras*, y cuya agua de un sabor desagradable, tuvimos el capricho de probar, regresamos á la ciudad, quedándonos aún tiempo, para dar una rápida mirada al *aquarium* que está en la *Villa Nazionale*, y que es superior, según se dice, al de Roma, y al de París.

Aun nos quedaba mucho que ver en Ná-

poles, pero era forzoso partir, y antes de hacerlo, consagrar un día entero á la visita de las ruinas de Pompeya.

Al regresar á nuestro hotel, comunicándonos nuestras gratas impresiones, ponderando cada cual la belleza de lo que había visto, alguno de nuestros compañeros recordaba aquel dicho célebre de los napolitanos, que en aquellos momentos nos pareció plenamente justificado: «ver á Nápoles y después morir.»

Pero nosotros contestamos, con un viajero español: "ver á Nápoles y después... volverlo á ver."

De dos maneras puede hacerse la excursión de Nápoles á Pompeya, en ferrocarril, que es obra de una media hora, ó en carruaje de sitio; en este caso se emplea algo más de dos horas. También hay tranvías que partiendo de la plaza de San Fernando llegan hasta Herculano donde hay que tomar el ferrocarril.

Nosotros preferimos ir en carruaje, no obstante el mayor tiempo que debíamos emplear en la expedición, por disfrutar de una libertad completa y aprovechar al mismo tiempo la oportunidad de recorrer la parte oriental de la ciudad, que nos era en su mayor parte desconocida. Salimos, pues, llenos de alborozo del Hotel Real de los Ex-

tranjeros, situado, como tenemos dicho, en la playa de Santa Lucía, á las primeras horas de la mañana y pasando delante de la *Piazza del Mercato*, y *Santa María del Carmine*, lugares ilustrados por los recuerdos de *Massanielo* y que tanto deséabamos conocer por lo mucho que se hace mención de ellos en la Historia de aquel su levantamiento popular, escrita por el Duque de Rivas, llegamos á la plaza del Puente de la Magdalena (*Largo del Pontto della Madalena*). En este lugar, ó cerca de él, tuvimos el capricho de bajar del carruaje para andar un poco á pie y estudiar mejor las costumbres populares. Este barrio es muy populoso y parece que fué el que más sufrió en la última invasión del cólera. Lo encontramos sucio y desaseado, pero mucho menos de lo que nos habíamos imaginado y de lo que de ordinario refieren los viajeros. Nápoles debe de haber mejorado mucho en cuanto á la higiene pública en estos últimos años.

Prosiguiendo nuestro camino disfrutamos de un tiempo agrabilísimo, atravesando un camino delicioso. Hemos dicho un camino y creemos haber dicho mal, porque no merece tal nombre, sino el de vía pública, el que va de Nápoles á Pompeya. Todas las pequeñas poblaciones por las cuales se pasa, *Portici*, *Torre del Greco* y *Torre de la*

*Anunciata*, creciendo en población han llegado á unirse entre sí y con Nápoles, de tal suerte que casi puede decirse que son otros tantos barrios de esta populosa ciudad, que de esta suerte viene á terminar en la falda meridional del Vesubio.

En Portici se encuentra un palacio comenzado en 1736 por orden de Carlos III, en el cual habitó el Sr. Pío IX en 1848, cuando la revolución de Roma; y un poco más allá de este lugar, se disfruta de una vista preciosa, dominándose el golfo de Nápoles. En todo el camino se ven hermosas *villas* ó casas de campo, bosques de olivos y grupos de vides. Alguno de estos pueblos es notable por su comercio, especialmente en la fabricación de los célebres *macarroni*. Mucho nos llamó la atención ver las calles todas del lugar embarazadas con una especie de perchas semejantes á las que entre nosotros se usan para colgar las velas de cera en tiempo de Todos Santos, de las cuales pendían, puestos al sol, los célebres macarrones en gran cantidad. Estas gentes, como las de Nápoles, consideran las vías públicas como parte de su domicilio.

Llegamos, por último, al deseado término de nuestra expedición. Era tan grande nuestro afán de visitar las ruinas, que no quisimos detenernos á almorzar, sino que deja-